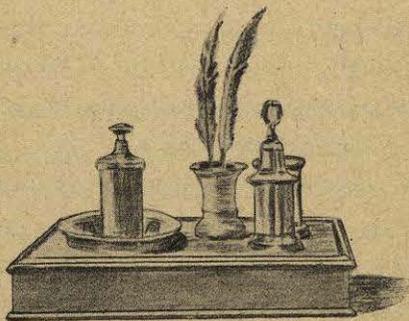


—¡A quién se lo decís! Esto es lo que me descon-
suela: que en mis escritos hayan hallado argumentos
estos miserables. ¿Por qué escribí un día la necia pa-
radoja de que toda sociedad es mala, por fundarse en
las usurpaciones de los unos y las cobardías de los
otros? Ahora que me importan un comino todas mis
fantasías, veo con dolor que los anarquistas más impa-
cientes encienden las mechas de sus bombas con una
hoja arrancada de mi Contrato Social.

Voltaire y Rousseau habrían continuado, sin duda,
por un buen rato su conversación, si no hubiesen oído
un ruido de pasos que se iban acercando. Era que uno
de los violadores de tumbas había olvidado su para-
guas en la cripta y volvía á buscarlo, acompañado del
guardián. Y como los espectros, según hemos dicho
antes, no gustan de alternar con los simples mortales,
las dos sombras se desvanecieron en un instante, como
por arte de encantamiento.



XIII

San Vicente de Paul

¿Os agradaría que para cambiar un poco de conver-
sación—porque actualmente en los periódicos y en las
tertulias sólo se trata de asuntos violentos ó indecoro-
sos hasta producir náuseas,—os agradaría, repito, que
al modo como se purifica el aire viciado de una habita-
ción quemando un poco de azúcar, hablásemos por un
momento de un alma noble?

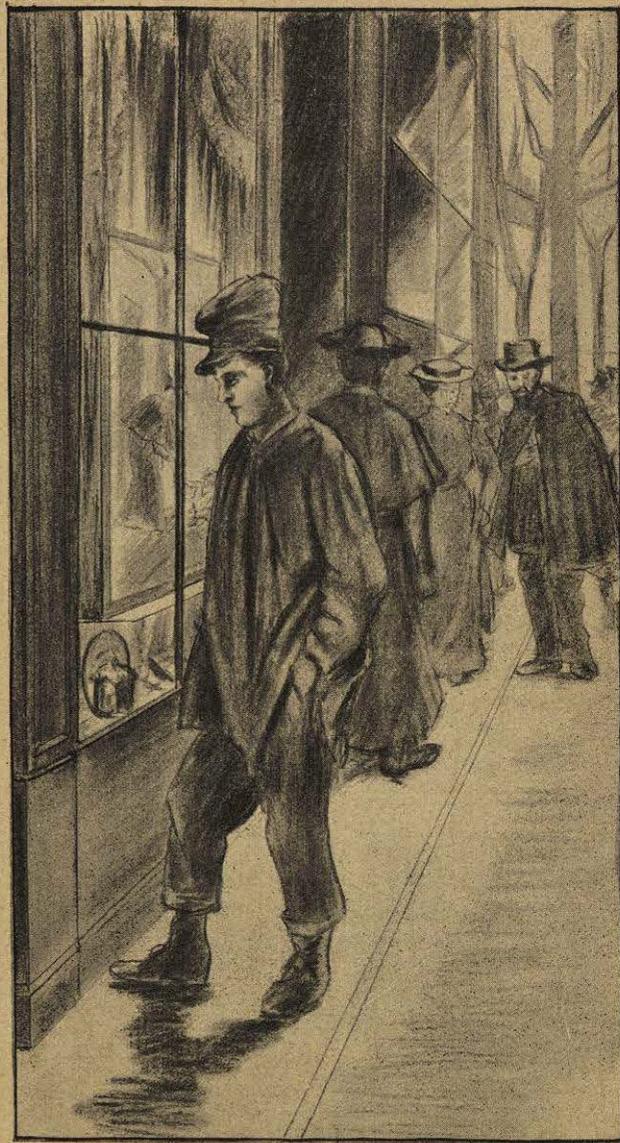
El *San Vicente de Paul*, publicado por Mr. de Brog-
lie, nos ofrece una ocasión inmejorable.

Se han escrito ya, no hay quien lo ignore, numero-
sas é importantes obras, suficientes para formar una
pequeña biblioteca, acerca de este siervo de Dios y de
los pobres. No obstante, Mr. de Broglie no ha creído

inútil publicar, sobre el mismo asunto, un relato corto, sencillo y conmovedor, y ha salido muy airoso de su empeño. Su librito reúne la condición singular de que á pesar de su forma exquisita y elegante, se dirige á toda clase de lectores; si bien á los del pueblo principalmente es á quienes va destinada esta historia del que fué su entrañable amigo.

Hagamos constar con satisfacción que, no obstante lo mucho que se ha escrito para infundir al pueblo el desprecio de la religión y el odio á sus ministros, San Vicente de Paul no ha dejado de ser popular. La blusa, en este caso, ha permanecido fiel á la sotana; y el insolente granuja, que imita el graznido del cuervo al pasar junto á un sacerdote, se enternecerá á los pocos instantes, si descubre en el mostrador de una tienda de cromos el cuadro que representa á San Vicente de Paul en una calle de París, en un día de nieve, abrigando entre los pliegues de su manto á un niño abandonado en el dintel de una puerta.

Es muy fácil, por desgracia, extraviar la mente del pueblo; pero ya no es tan fácil corromper su corazón. ¿Por qué no poner esta nueva vida de San Vicente de Paul en manos de todos los obreros, para que pudiesen comparar las promesas, jamás realizadas, con que les explotan cuatro ambiciosos aduladores, con los beneficios positivos y duraderos que deben al gran cristiano? Estos beneficios son tan numerosos como variados; hasta el punto de que se puede afirmar, sin



exageración alguna, que en punto á instituciones de beneficencia no se ha hecho nada nuevo después de San Vicente de Paul.

No es difícil probarlo.

Nos envanecemos, con justicia, de la fundación de nuestros albergues nocturnos, obra de ayer como todo el mundo sabe, y que necesita, en mi opinión, mucho mayor desarrollo, puesto que los infelices sin domicilio no cuentan todavía en el inmenso París sino con unos pocos albergues, situados en los barrios más apartados. Ahora bien: San Vicente de Paul había fundado, no sólo en París, sino en varias provincias, asilos nocturnos en que los indigentes recibían cena y cama, y diez céntimos al día siguiente para seguir su camino.

No se crea tampoco que las instituciones de socorro á los obreros son cosa reciente. Cada vez que nuestro santo funda una de sus casas de caridad, no solamente cuida de separar los pobres aptos para el trabajo de los inválidos y enfermos, sino que establece allí mismo algunos talleres donde los niños y los convalecientes encuentran ocupación fácil y adecuada para ganarse el necesario sustento.

En la fundación de tahonas y cocinas económicas precedió también San Vicente de Paul á los filántropos contemporáneos.

No se sabe qué admirar más en todas las instituciones establecidas ó proyectadas por aquel invicto

héroe de la caridad, si el ardiente amor que se las inspiraba ó el genio práctico que se manifiesta en sus reglas. Citemos un ejemplo.

No hay abuso más escandaloso que la explotación de la infancia. Es sabido que en ciertas industrias y profesiones, los aprendices reciben durante muchos años, aunque presten importantes servicios, un salario irrisorio. El Estado ha fundado, para combatir este abuso, algunas escuelas profesionales; pero en ellas, salvo unos pocos favorecidos, los aprendices han de pagar una pensión durante mucho tiempo.

En los talleres fundados por San Vicente de Paul la cuestión se resolvía fraternalmente: la manutención y aprendizaje eran gratuitos, con la única condición de comprometerse cada aprendiz á enseñar su oficio de balde, cuando llegase á saberlo con perfección, á otro muchacho pobre.

Tan benéficas instituciones no sobrevivieron á su fundador. La beneficencia oficial ha esperado doscientos años para renovarlas tímidamente, con mediano éxito. Las que hemos citado no son más que una parte de las gigantescas empresas de aquel anciano sacerdote de raída sotana y viejo sombrero, que pasó por este mundo entre el respeto y las bendiciones de todos.

El «buen Padre Vicente», tan plebeyo en su aspecto y sus costumbres, fué, durante más de la mitad de su larga vida, de ochenta y cuatro años, el ministro omnipotente de la caridad en Francia. Gastaba mi-

llones, construía edificios magníficos, como la Salpêtrière y el Hospital de Incurables; dirigía un verdadero ejército de sacerdotes y religiosas; estaba presente, en persona ó en espíritu, donde quiera que eran socorridos los pobres, recogidos los huérfanos y expósitos, asistidos los enfermos, instruídos los niños, visitados los prisioneros, cuidados los dementes... en una palabra, allí donde se hacía algún bien y se remediaba un infortunio.

Había alistado en su ejército de caridad á la reina, á los magnates, á la corte entera, á los burgueses y hasta á los campesinos. A unos les pedía dinero, á los demás un poco de buena voluntad. Un día, para ayudar á sus Damas de la Caridad en las visitas á los pobres y enfermos, solicitó el auxilio de algunas jóvenes del pueblo, humildes sirvientas de corazón cristiano: con ellas nació la heroica familia de las Hermanas Grises, esparcidas hoy, en número de veinte mil, por la extensión entera del globo.

Su acción llegaba á todas partes. A cada instante tomaba su raído manto de viaje para ir á predicar en algún lejano pueblecillo de la montaña ó para visitar algún presidio. Si estallaba una guerra, allí estaba él, curando heridos y repartiendo socorros.

Como si estas empresas de caridad no bastasen todavía para su celo, se puso al frente del renacimiento religioso de su siglo. Con Mr. Ollier fundó la obra de los seminarios; luego, él solo, fundó las Misiones,

enviando sus Lazaristas por toda la Francia y el norte de Africa á predicar la palabra divina. Y todo ello con una alegría, una modestia y una sencillez inefables.

El director de tantas instituciones y de tantas almas, aquel hombre extraordinario, elevado por sus méritos á la categoría de consejero de reyes y ministros, no olvidó nunca que la tarea más noble para un sacerdote es la de servir á los pobres, la de curar con sus propias manos á estos «miembros dolientes» de Jesucristo. No olvidó tampoco que una de las más puras virtudes del cristianismo es la humildad. Al salir de un palacio aristocrático, donde acababa de recomendar á sus huérfanos, se encaminaba San Vicente de Paul á una de las horribles cárceles de aquel tiempo, no sólo para inculcar á los presos la resignación sino para remediar en lo posible sus tormentos, llegando en su bondad hasta limpiarles con sus propias manos la miseria de que estaban cubiertos. Otro día, en su casa de San Lázaro, donde muchos sacerdotes se retiraban á practicar los ejercicios espirituales, vésele limpiar las botas de sus huéspedes, por ser los criados demasiado pocos para el servicio.

Ahora que el laicismo lo ha invadido todo, sé muy bien que estos actos de santidad causarán más sorpresa que admiración, aun en muchos que pasan por buenos, pero cuya piedad es tibia y exterior y cuya modestia raras veces es de buena ley. No importa. Lo

cierto, para mí, es que no hay caridad sólida y sincera, fuera de la caridad cristiana.

Quiero, para terminar, darle las gracias á Mr. de Broglie por el buen rato que me ha hecho pasar con su hermoso libro. Porque ciertamente el grande hombre cuya historia nos relata, es figura de interés muy superior á la de tal ó cual dama aristocrática, que por haber fundado unas cuantas plazas gratuitas en un hospital quiere ser condecorada como un veterano; ó á la del banquero millonario, que cuando ha enviado á los pobres una parte de los beneficios de su última jugada de Bolsa, lo anuncia á son de trompeta en todos los diarios.



XIV

La fiesta de Juana de Arco

Dicen—¿será verdad?—que va á instituirse una fiesta en honor de Juana de Arco; quiero decir una fiesta oficial y periódica, porque la Iglesia en Francia ha dedicado ya al recuerdo de la heroína solemnes y conmovedores cultos.

Como no puede pretenderse, so pena de caer en el mayor ridículo, *laicizar* á la doncella quemada por los ingleses en Roán, la fiesta será á la vez patriótica y religiosa. Por la mañana habrá, sin duda, misa so-